

La agencia de las mujeres rurales frente a la violencia: el caso de la comunidad de Unalahua-Salcedo

The agency of rural women against violence: The case of the Unalahua-Salcedo community

JESSENIA TELLO CARRILLO

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales- Ecuador

jesstelloc@gmail.com

RESUMEN

El presente ensayo analiza la agencia de las mujeres frente a la violencia de género en la comunidad de Unalahua, ubicada en el cantón Salcedo-Ecuador. Dicha violencia es ejercida principalmente por sus parejas en el espacio doméstico. Partiendo de un conjunto de entrevistas y observaciones, el texto discute las herramientas que las mujeres han empleado para responder a la violencia. Fenómenos como la violencia de género, las altas tasas de pobreza en zonas rurales, el silencio como estrategia para mitigar la violencia, “devolver el golpe” y redes de apoyo y contención clandestinas contribuyen a pensar en otras formas de agencia frente a la violencia en zonas rurales. De cara a este escenario, las mujeres se muestran como agentes de acción para construir una realidad diferente desde sus experiencias.

ABSTRACT

This essay analyzes the agency of women confronting gender violence in the Unalahua community located in Salcedo-Ecuador. Violence is perpetrated mainly by women's partners in domestic spaces. Based on a set of interviews and field observations, this text analyzes the tools that women have used to respond to this violence. Phenomena such as gender violence, high rates of poverty in rural areas, silence as a strategy to mitigate violence, "strike back", and clandestine networks of support and containment, contribute to the thinking of other forms of agency in the face of violence in rural areas. Given this scenario, women proved to be "active agents" in the construction of a different reality based on their own experiences.

Palabras Clave: *violencia, ruralidad, agencia, desigualdades, pobreza.*

Keywords: *Violence, rurality, agency, inequality, poverty*

Como psicóloga, he tenido experiencia trabajando con mujeres sobrevivientes de violencia de género en sus diferentes manifestaciones, he podido escuchar y aprender de esas experiencias que han marcado la vida de muchas, pero también han cobrado otras. En el trabajo de investigación que realicé como parte de mi formación para obtener el título de Máster en Género y Desarrollo¹, tuve el privilegio de conocer a un grupo de mujeres que habita en la comunidad de Unalahua, ubicada en la provincia de Cotopaxi-Ecuador.

El objetivo general que perseguía en ese momento giraba en torno a comprender las formas que han tenido las mujeres que habitan en el contexto rural, para gestionar la violencia de género ejercida sobre ellas en espacios domésticos. Para dicho fin, decidí vivir en el territorio y conocer de cerca la cotidianidad de estas mujeres, que se encuentra interpelada por mandamientos religiosos, sumisión, silencio, pero lo que más llamó mi atención fueron las solidaridades secretas y las redes que se tejen entre ellas como herramienta para enfrentar la violencia.

Por tanto, este artículo, cobra importancia en la medida que da cuenta de cómo las mujeres de la comunidad de Unalahua han hecho frente a la violencia, con pocos o múltiples recursos. El objetivo principal gira en torno a reconocer las luchas individuales y colectivas de estas mujeres. Por ello, considero que identificar las diferentes maneras de cómo y por qué lo hacen fue el camino que me permitió comprender las formas de agencia de estas mujeres.

Respecto al camino metodológico, éste responde a una investigación de corte cualitativo, el cual, desde la etnografía, produjo y recopiló la mayoría de los datos expuestos aquí. De igual forma, la construcción de un marco teórico que guio la pesquisa, el uso de fuentes estatales y la observación participante se convirtieron en aliados indispensables para pensar esta problemática.

El ensayo está dividido en dos secciones, la primera recoge brevemente el contexto de violencia a nivel nacional, específicamente en la zona rural; también, se revisa cómo se ha conceptualizado la agencia desde el campo de la sociología. Luego, la segunda sección profundiza el análisis en torno a las diferentes formas de agencia de las mujeres de la comunidad de Unalahua frente a la violencia de género. Finalmente, esbozo unas breves conclusiones.

1. Salcedo, una mirada a la violencia de género en el espacio rural

Los espacios rurales, en gran parte, están caracterizados por familias cuyas vidas están dentro de la falta de espacios de salud, carente acceso a la educación, pocos vínculos de comunicación y, por ende, pocas estrategias de afrontamiento frente a la violencia (Pérez y Hernández 2009 1). Esto muestra que, además de la violencia de género que puedan experimentar las mujeres, también la violencia es de orden estructural debido a las condiciones materiales de desigualdad, sumado a la falta de gestión e inversión del Estado para resolver dichas problemáticas.

Si analizamos la situación rural en condiciones de pobreza es compleja, pues hasta el último reporte del INEC 2019 se situó en el 41,8%, determinado el deterioro en las condiciones de vida de esta población. Pero eso no lo es todo, también se encuentra la *pobreza multidimensional*²; en el área rural, la permutación fue del 67,7% al 71,1%, es decir que, en el sector rural, 7 de cada 10 personas se encuentran dentro de este criterio (Mideros 2020).

La pobreza, la falta de acceso a la educación y la salud, en general, las difíciles condiciones de vida en las que muchas personas viven en el sector rural, especialmente las mujeres, nos muestran con claridad que las desigualdades sociales representan lazos de poder que se convierten, en casi todos los casos, en procesos de liquidación humana, cuyas poblaciones se encuentran sometidas a fuertes condiciones de dominio (Vizcarra 2002). En este sentido, las desigualdades siguen teniendo varios rostros en el espacio rural, pues a veces se presenta con el corte de agua por un día, o en ocasiones, en la dificultad para formar parte de proyectos sociales (en medio de una emergencia sanitaria) que permitan insertarse adecuadamente en la idea de una mejor vida.

Por otro lado, durante el tiempo que pude asistir a campo en la comunidad de Unalahua en la Parroquia Mulalillo perteneciente al Cantón Salcedo³, antes de la pandemia, –durante el mes de febrero y parte de marzo del año 2020– constaté algunas realidades sobre las formas de vida de las mujeres en la comunidad. En mi andar con las mujeres de la comunidad, principalmente las que pertenecían a la zona “La Delicia”, evidencí que son mujeres totalmente “invisibles”. Su rutina inicia a las 03H00 cuando se despiertan para labrar la tierra, cosechar o curar sus productos; después se encargan de “dar de comer” a sus parejas, a sus hijos y a los animales. Posteriormente, deben llevar a sus hijos a la escuela en el centro parroquial y retornar al hogar. En la noche ayudan con las tareas de los niños y niñas, algo que generalmente es complicado, además deben encargarse de la elaboración de los alimentos y, a veces, lidiar con la “borrachera” de sus maridos que ocasionalmente va acompañada de golpes, insinuaciones y gritos. (Registro diario de campo 26 febrero 2020).

Con respecto a mi acercamiento con las parejas, no hubo mucho contacto, además que ellas preferían no conversar “al frente del marido”; cuando él no estaba la conversación era más cómoda y ellas se sentían a gusto. De acuerdo con la versión que me brindaron, algunos esposos solo llegaban los fines de semana y otros en la noche. La mayor parte de ellos trabaja en albañilería, cuidado de tierras, o en algún otro trabajo en ciudades alejadas (Quito, Ambato, Guayaquil) para cubrir los ingresos económicos para la comida, la educación de los hijos, y la reunión con los amigos en el vóley o el fútbol en los fines de semana. Por el contrario, las mujeres asumen más cargos, y sobre todo, se dedican casi todo el día a las tareas del hogar y del trabajo reproductivo, situación que muestra que el *uso del tiempo* posibilita la interpretación de las desigualdades de género (Benería 2005 10)

1.2. La agencia en contextos de subordinación

Existen pocos trabajos generados en Cotopaxi para la interpretación de la violencia de género en contra de las mujeres. En el caso del Cantón Salcedo, donde se sitúa mi investigación, he encontrado pocos datos; sin embargo, la investigación más cercana es la de Violeta Mosquera (2015). En su trabajo “Comunidad, estado y procesos de subjetivación: análisis de la participación de las mujeres de la Parroquia Cusubamba-Provincia de Cotopaxi, 1990-2010”, la autora visibiliza diversas problemáticas, entre ellas la violencia estructural, las formas de participación, las desigualdades de género, etnia y clase, procesos donde las mujeres rurales se encuentran inmersas en la subordinación (2015, 24) dentro de las comunidades rurales.

Mosquera (2015) explica que existen contrariedades o “desencuentros” a la hora de hablar de la violencia o de las desigualdades que se dan desde la posición rural, centrada en la cosmovisión indígena. En ese sentido, propone un debate político de lo que significa ser *mujer rural*, tomando en cuenta que la parroquia “es el nivel de gobierno más próximo a la ciudadanía” (Mosquera 2015 22).

Pese a no tener información detallada de las maneras en cómo las mujeres resisten a la violencia de género en los espacios rurales e íntimos dentro de la provincia de Cotopaxi, particularmente en el Cantón Salcedo, resalto la investigación realizada por Diego Torres (2017) en la Parroquia de Mulalillo sobre *“La Mediación y la Solución de Conflictos en la Parroquia Mulalillo del Cantón Salcedo Provincia de Cotopaxi”*. En este trabajo, Torres explica que, algunas de las causas que generan violencia de género en los espacios intrafamiliares son el desempleo, la falta de acceso a una educación integral y la poca formación familiar en valores (Torres 2017 5). Asimismo, menciona que, en torno a la mediación de conflictos en el tema judicial, las mujeres no optan por las negociaciones. Es decir, las mujeres rurales pueden intentar ajustar cuentas sobre el caso de violencia ante la justicia, pero, a la hora de determinar que una mujer ha sido víctima de violencia en un espacio rural y encontrarse en una encrucijada con una institución jurídica, “se genera en su cuerpo un miedo profundo” (Torres 2017 52), similar al miedo que le tiene a su esposo en los episodios de violencia, evitando la verbalización de sus conflictos relacionados con la violencia.

Estas aproximaciones contribuyen a la comprensión de cómo se encuentra el tejido social rural con respeto a la violencia de género. De manera reiterada, en los estudios de Cotopaxi frente a la violencia de género hacia las mujeres, como en el caso de María José Costales⁴ (2018) y Violeta Mosquera⁵, se ha planteado como análisis fundamental los roles y estereotipos de género, la normalización de la violencia desde un orden cultural y la idea de que las mujeres “buscan” ser violentadas, atribuyendo a que éstas son las principales causales de la violencia. Algunas investigaciones en América Latina patrocinadas por la CEPAL en 1996, por ejemplo, han mostrado la negativa de las mujeres rurales para denunciar o acercarse a espacios de justicia, que puedan revictimizarlas o, peor aún, ignorarlas en caso de haber sido víctimas de violencia.

Ahora bien, dentro de la teoría del sujeto, hemos visto históricamente varios saltos en el entendimiento de la construcción

social del sujeto y cómo éste ha sido conceptualizado desde distintos ángulos y enfoques teórico-metodológicos. Desde la sociología, podríamos volver a Durkheim y Weber para entender el posicionamiento de dos tipos diferentes de sujetos; uno, desde la perspectiva durkheimiana, que es funcional y, por tanto, atado y sin capacidad de acción más que aquellas que permite la interdependencia, pero siempre bajo la sombra de la coacción social. Y, por el contrario, otro que está centrado en la acción social, y que, por tanto, goza de mayor autonomía e individualidad y capacidad de respuesta, según el enfoque weberiano.

Es de suma importancia establecer esta diferencia entre Durkheim (1997) y Weber (2002) (Guerra 2010), en vista que sientan las bases conceptuales para entender al sujeto. Sin embargo, en contextos de violencia, se puede reconocer dos tipos de sujetos: aquellos que se dejan coaccionar o someter por la sociedad, o mujeres que guardan silencio frente a hechos violentos; y, por otra parte, aquellos sujetos que establecen formas propias de accionar.

Al respecto, Campbell y Mannell (2016) mencionan que la agencia puede ser más que una acción observable, que resulta ser el significado, la motivación y el propósito que aportan a sus actividades las mujeres en situaciones de violencia en entornos extremos 'extreme settings'. Para estos autores, las desigualdades de género se juegan en diversas combinaciones de exclusión social, cultural, política.

En ese sentido, ciertas formas evidentes de agencia pueden resultar perjudiciales; la transgresión de los roles tradicionales de las esposas puede ocasionar actos de ira y violencia por parte de los hombres, y puede convertirse en un factor adicional para cometer abusos (Campbell y Mannell 2016), e inclusive la excusa para consentir dichos actos de abuso por parte de las mujeres. Así pues, cuando éstas quieren salir de su situación de desigualdad, cuestionan al sistema de relaciones de poder y se convierte en una amenaza para los hombres, y para el sistema ya que las quieren sometidas, imponiendo de esta forma, el mantenimiento

de la estructura social por medio de la violencia, como recurso para demostrar su superioridad (Cacigas 2017).

En concreto, se propone considerar la agencia más allá de una acción evidente, colectiva o individual, a una oculta e invisible, llevada a cabo en el ámbito individual por parte de las mujeres para mejorar la situación de violencia y resistir al sometimiento en el que están inmersas. En los casos relatados a continuación, la agencia de las mujeres va desde reacciones directas y evidentes (devolver golpes) hasta aquellas ocultas o invisibles, que, sin embargo, habilitan a las mujeres al menos un mínimo espacio para evitar las formas más brutales o dolorosas de la violencia de pareja.

2. Agencia de las mujeres rurales frente a la violencia

Un día conversaba con doña Miri, una de las mujeres más activas de la comunidad. Ella me comentaba, a manera de panorama, que la violencia es parte de la vida de todas las mujeres y que la mayoría de ellas había aprendido a vivir con ella desde las herramientas que tenía para hacerlo. Me confesó que nadie estaba libre de haber recibido un golpe o una amenaza, a tal punto de pensar que este tipo de conductas eran “normales” en este contexto. Lo que le preocupaba era que muchas mujeres se acostumbraban a vivir así y que, en el peor de los casos, no hacían nada para “hacerse respetar” y por eso vivían de la manera relatada. Es decir, se culpaba a la mujer de no hacer nada en su propio espacio con respecto a la violencia y, además de ello, de no hacerse cargo de las posibilidades de tener una mejor vida.

En esa línea, decidió contarme parte de su historia y parte de lo que había hecho para mitigar la violencia que recibía al inicio de la relación con su esposo. En sus palabras:

Verá, cuando recién nos casamos, los tres primeros años sí me pegaba, peleábamos duro, pero un día yo me había emborrachado en una fiesta y le había seguido con la piedra y la hoz⁶, mi hija le había contado a mi hermano. La segunda y última

vez que me pegó fue porque él vino medio tomado a molestarme y a decir que yo no hago nada, ahí él me lanzó un puñete y yo igual, “uno a uno” nos dimos, desde ahí no volvió a pegarme más. Pero sí he tenido que pararme duro. Ahora él es diferente, ya no dice nada, de vez en cuando me dice <<tienes que hacer esto>> y yo también le respondo y le digo <<cómo voy a hacer todo lo que dices, vos también tienes manos>>, pero sí pues, a veces sí toca obedecer, pero otras veces no pues, ya ni que fuera (Entrevista a Miriam, mujer de la comunidad de Unalahua 16 febrero 2020).

Si bien la forma de manejar la violencia en este pequeño testimonio responde a una agencia poco convencional para una mujer que pertenece a una comunidad rural que sostiene el imaginario de que los mayores ejecutores de violencia en todos los niveles son los hombres y que, la capacidad de respuesta es mínima. Sin embargo, la agencia expuesta se refiere a un caso particular dentro de doscientas personas que pertenecen a la comunidad, en que, de acuerdo con su testimonio, no hizo falta explicarles a sus hijas el porqué de su reacción, sino más bien, fue una agencia, fundamentada en el ejemplo concreto.

Quizás esta solo es una pequeña manera de mostrar que, en medio de las condiciones de violencia que he identificado, existe la posibilidad de detener la violencia, aunque esto haya significado responder con más violencia. Pero, al analizar las estructuras culturales donde se mueven estas mujeres, comprendo que al menos esta es una puerta que ella encontró para que su marido no la volviera a violentar y que su historia generacional no se viera afectada por lo que ella denomina *la sumisión*.

2.1. El silencio como forma de agencia

Ahora bien, el silencio es utilizado como herramienta para denotar aceptación a una situación externa que generalmente tiene que ver con algo que no se puede controlar mentalmente. Es decir, en la mayoría de las veces, el silencio, optado por una víctima de violencia (en cualquiera de sus esferas), es un escape inmediato que genera alivio frente a una situación que provoca

tensión mental interna y que, en lugar de responder verbal o físicamente “para evitar problemas”, es usado como un recurso de resolución de conflictos domésticos.

En su análisis de la “*Agente social dócil*”, Sabba Mahmood (2019) explica que, la cultivación de la timidez es una de las virtudes que emergen de diferentes niveles a través de la sexualización entre hombres y mujeres, es decir, que las mujeres tienen la responsabilidad de ser más dóciles que los hombres, dentro del contexto islámico. Si bien la comunidad de Unalahua, no está explícitamente manejada por poderes religiosos, la religiosidad sí es un elemento intrínseco, que atraviesa los discursos y representaciones sociales. A través de ella, por ejemplo, se reproduce el silencio como algo históricamente cultivado desde la tranquilidad de la mujer para la familia.

Recuerdo que el 08 de marzo del 2018, las mujeres lideresas de la UNOCAM (Unión de Organizaciones Campesinas de Mulalillo) y la FEMICAM (Federación de Mujeres Indígenas y Campesinas de Mulalillo), decidieron reunirse para entregar hortalizas y legumbres, dejando de lado la romantización del papel de mujer-madre y centrándose en la connotación de empoderamiento económico. Lo sorprendente fue que, además de seguir con su proceso de entrega de hortalizas, se había guardado una mesada⁷ para la ceremonia y el sermón del sacerdote parroquial. Aunque en lo personal, no me sentía muy cómoda con su intervención, lo que más me llamó la atención fue su sermón:

Las mujeres son el pilar fundamental del hogar, por eso cuando el hombre se equivoca, con amor y paciencia la mujer debe cuidar de él porque ese es su trabajo. Ustedes mujercitas, deben saber callar y escuchar con paciencia los designios de Dios (Intervención padre Guillermo Rivera misa del 08 de marzo del 2018)

Pese a conocer los altos índices de consumo de alcohol y las consecuencias graves que esta problemática social había traído a la parroquia y, por ende, a las zonas comunitarias, el sacerdote creyó más oportuno hablar del silencio como una gran virtud

femenina y como único recurso a la resolución de los conflictos intrafamiliares, sobre todo relacionados con las fricciones en la relación de pareja. Es muy claro que la iglesia ha jugado un papel protagónico en la perpetuación de las relaciones desiguales en clave de género; dicha intervención sacerdotal fue una minúscula muestra de cómo se encuentran establecidas, desde el poder religioso, las acciones “adecuadas” que sí deberían tener las mujeres frente a la violencia; las cuales perpetúan la creencia de que Dios así lo ha dispuesto y, frente a eso, se prefiere el silencio y la resignación.

Los mandatos religiosos se han encarnado en la conciencia y en las prácticas de diversas mujeres, construyendo un pensamiento colectivo de justificación de la violencia y también, en algunos casos, de poca capacidad de acción frente a la misma problemática. Dicha construcción mental y colectiva tiene que ver originalmente con el rol del sacerdote, al cual, además, se le denomina padre y encarna una figura masculina, legitimando el poder de Dios. Como consecuencia, se le debe pleitesía y obediencia ante cualquier tipo de dictamen que dé frente a cualquier circunstancia, como, por ejemplo, la sugerencia de que las mujeres permanezcan en el silencio como siendo parte de las mujeres virtuosas.

Desde mi mirada mestiza y urbanizada, quizás me encuentre incómoda frente a las prácticas de ciertas mujeres que optan por el silencio como un recurso de agencia. Por esa razón, dialogar con algunas mujeres de la comunidad, me ayudó a comprender que el silencio, también puede ser utilizado como un instrumento de sublevación frente a la violencia, tal como se relata en el siguiente testimonio:

Así he sufrido, ventajosamente mis hijas ya saben lo que está bien y lo que está mal, por lo menos me han tenido a mí para aconsejarles, en cambio yo nunca he conversado con nadie, todo me he guardado en silencio, yo he sufrido sola (llanto). Cuando me sentía sola, me iba acá arriba a la acequia, en el kikuyo⁸ grande, ahí me he sentado siempre y le he pedido a Dios que me dé fuerzas para seguir adelante con mi vida y

mi familia, eso también pensando en que lo que haga o diga también le puede afectar a mi esposo (Entrevista a doña Xime, mujer de la comunidad de Unalahua 16 febrero del 2020).

Las condiciones de vida de esta mujer hicieron que su agencia se sintetizara en el silencio y ensimismamiento, una característica típica del silencio hacia la violencia y al juzgamiento que generalmente reciben las mujeres que se encuentran experimentando violencia. De acuerdo con el testimonio de doña Xime, la violencia generalmente se tenía que sobrellevar desde la cautela de cuidar no solo la integridad de ella como mujer, sino también la de su esposo, donde se respeta una jerarquía inconsciente de los mandatos socio – culturales, cuya alusión se hace a que el hombre es la cabeza de hogar.

Después del silencio, la acción más cercana para mitigar la violencia es la evitación del espacio disfuncional y el refugio en sí mismas; todo esto acompañado de una buena dosis de auto-motivación con el objetivo de sostenerse y, por ende, sostener a sus hijos. El apoyo moral por parte de otras mujeres es casi nulo porque, de acuerdo con las condiciones geográficas, emocionales y sociales, la manera más viable para manejar una situación de violencia es correr a sus espacios de trabajo o a algún lugar donde no las puedan juzgar.

Yo no buscaba a nadie, yo solamente salía a la calle de la casa o me iba donde era más lejos y me ponía a llorar, me salía a los terrenos y decía: Dios mío ¿por qué me entré a esta casa? ¿Por qué me case con él? Dios mío, ¿a dónde me voy? ¿A quién aviso que me tratan mal? ¿A dónde voy a llegar? ¿En dónde voy a dormir? Solita lloraba y pensaba (Entrevista a doña María, mujer de la comunidad de Unalahua, 16 de febrero del 2020).

El testimonio de doña María me conmovió profundamente. Pensé por un instante que la violencia en la mente de esta mujer era como un inmenso huracán que se detenía en su vida y, por esa misma razón, sentía la apremiante necesidad de huir hacia su Dios o hacia cualquier parte. Este ejemplo explica por qué las mujeres en este espacio comunitario se refugian innegociablemente en la

iglesia, pero al mismo tiempo tengo la sensación (quizás desde mi mirada urbano-mestiza) de que esta falta de herramientas son las que les someten a procesos téticos de violencia conyugal.

En ese sentido, la necesidad que tienen las mujeres de la comunidad rural para gestionar la violencia es grande, pero en ocasiones estas mujeres optan por priorizar el bienestar de sus hijos frente al suyo, como una necesidad de romper las herencias familiares desencadenadas de la violencia. De tal manera que el silencio da campo a reconocer, en la soledad, los procesos generacionales de violencia y silencio que ha experimentado mucho antes de enfrentarse a la vida conyugal, sobre todo cuando ha vivenciado, a través de la observación, la agencia de su madre frente a la violencia ejercida por su padre dentro de su hogar de origen de la siguiente manera.

Yo sufría en silencio como mi mamá, ella nunca dijo a nadie nada. Cuando yo era niña veía que se salía de la casa y después de un rato regresaba a seguir haciendo las cosas, después ella se hizo de un carácter demasiado difícil, nadie podía hablar con ella. Entonces como yo creo que pasé lo mismo, no le podía ir a decir a mi mamá, yo nunca para conversarle los problemas a mi mamá, ni a nadie, era mejor que nadie llegue a saber. Por eso yo sufría solita y aprendí a irme para estar tranquila por la hierba y después regresaba. (Entrevista a doña Silvi mujer de la comunidad de Unalahua 17 febrero 2020).

El silencio, como muchas prácticas del comportamiento humano, puede ser aprendido, sobre todo cuando se lo ha normalizado desde la primera infancia o mucho antes, siguiendo una herencia de silencio generacional. Además, el silencio, que significa la no verbalización de lo que sucede en un lugar específico, responde socialmente a un proceso de reproducción de un aprendizaje cultural marcado por las anteriores generaciones y psicológicamente a un episodio de ensimismamiento donde, además de ser una respuesta poco convencional, alberga emociones de bloqueo en la víctima que le limita otro tipo de respuesta.

En esta misma línea, sumado al silencio, se genera un nuevo fenómeno comportamental. Si nos imaginamos a una mujer que ha sido gritada y golpeada, podríamos comprender que el silencio es uno de los recursos validados, en caso de que el temor a su agresor haya superado su umbral de tolerancia al maltrato. Muchas personas esperarían que después de repetidas ocasiones, la víctima opte por salir de su casa, comentar lo que sucede a un familiar cercano o una comadre, pero esa no siempre es la salida. En la comunidad de Unalahuá existen mujeres que terminan subordinándose voluntariamente a la violencia que reciben de sus esposos, con la esperanza de que él cambie su conducta o que ella termine aceptando completamente su comportamiento.

Doña Hilda nos cuenta parte de su testimonio, relacionado a la esperanza de que, al subordinarse frente a la violencia de su esposo, decida cambiar de conducta:

La verdad es que siempre me ha pegado, hasta ahora mismo, lo que yo hago es entenderle que él vive así y es así porque su papá era así, y ya pues no soy quien para juzgarle. Hace un tiempo yo había puesto una imagen donde el niño de Isinche, pero ni así cambia, incluso pagué una misa para que cambie de genio. Cuando él se enteró me dijo <<cómo va a dar misa para que cambie de genio, ahora si el genio de uno es así, ¿Qué se va a hacer? Así hagas misa o hagas lo que hagas, no se cambia el genio que se tiene. ¡Tonteras haces!>>. Pero ya más viejo ha de cambiar (Entrevista a Doña Hilda mujer de la comunidad de Unalahuá 18 febrero 2020).

Si bien esta conducta no se la ejecuta desde la sublevación hacia el agresor, o desde la ira y el reproche, el silencio y el cambio de dinámica a través de los diálogos ocultos que las mujeres violentadas sostienen con las mujeres más allegadas tiene un grado de agencia. Al hablar con sus hijas o vecinas sobre lo que no quieren que les vuelva a pasar, da cuenta de que, aunque los regímenes culturales y tradicionales de sumisión y silencio que le son otorgados a la mujer primen, estas mujeres encuentran formas sutiles para luchar, no directamente en contra de los quienes ejercieron la violencia, sino en contra de la misma.

Por tanto, el silencio, puede mostrar claramente que, al ser una forma de lenguaje no verbal, quizás no se pueda medir con exactitud para el manejo de la violencia. Por esta razón, las mujeres tienden a crear sus propios espacios seguros, donde se sostienen y abrazan a sí mismas en medio del caos familiar de la violencia. De tal forma que, el silencio puede albergar otras acciones físicas o de movimiento, que ejecutan las mujeres que han estado expuestas a la violencia o quienes la observan desde afuera del núcleo familiar, mediante prácticas solidarias y de contención.

De acuerdo con Veena Das (2008 47), los silencios hacen parte de un lenguaje que habitamos y rehabitamos en los espacios que comúnmente nos rompen. De tal modo que, son elementos que reflejan la manera en cómo las mujeres, al encontrarse sujetas al dolor, pueden convertirse en agentes de resistencia de una manera diversa. Por tal motivo, considero de suma importancia relatar cómo la solidaridad entre mujeres marca una forma de agencia y resistencia a los malos tratos de los esposos y las familias políticas.

2.2 Solidaridades secretas

En el marco del silencio, visto como una de las formas que se puede encontrar para medir la agencia, la solidaridad, por su parte se teje en medio de un telar que no se ve en la claridad de las prácticas comunitarias cotidianas. Es decir, la solidaridad de las mujeres de la comunidad de Unalahua no siempre se mide en las ferias comunitarias, en las reuniones que establecen para sus procesos organizativos o a su vez visitando sus hogares cuando han sido víctimas de violencia. Por el contrario, la solidaridad se mide en la clandestinidad de sus actividades, las cuales se ejecutan cuando trabajan la tierra y no hay fácil acceso geográfico, o simplemente cuando no se encuentran expuestas al ojo público, para evitar tener conflictos familiares o comunitarios.

Existen otros escenarios donde además de ser violentadas por sus esposos, el maltrato también se experimenta por parte de la familia política y es ahí cuando algunas mujeres optan

por salir a trabajar en los campos, con el objetivo de apropiarse de sus propias prácticas personales. En estos espacios, generalmente aislados y con la mínima presencia de observadores, sus madres, hermanas y en el mejor de los casos sus cuñadas, las acompañaban sin involucrarse, mediante bultos de comida denominados cucayos⁹. En el caso particular de doña María, una mujer de 55 años que había experimentado violencia de su esposo y de la familia política, su primer paso de agencia frente a su situación se complementó con la solidaridad de su madre, quien se había enterado que en ocasiones, después de largas jornadas de trabajo, ni su hija ni su nieta se alimentaban bien, a causa de las condiciones de violencia intrafamiliar:

Mis suegros nunca me han sabido dar de comer, nunca me han sabido decir <<ve toma esto dale de comer a tu hija, ve están con hambre>>. Nunca. Yo “cainaba”¹⁰ en el terreno sin comer cargada a mi chiquita, era bastante amarga la vida mía. Yo pasaba en los llanos, salía de mañana sin café, sin almuerzo, así. Ahora que es muerta mi mamacita, ella sabía venir a dejarme comida en el terreno, papitas cocinadas, envuelto con machica, una colita para la guagua. Escondida de mi suegra venía a dejar en el terreno la comida, para mi guagua” Entrevista a doña María mujer de la comunidad de Unalahua 16 de febrero del 2020).

Dado el poder simbólico de la suegra, el miedo al juzgamiento no solo era de la víctima sino también de la madre. Las estrategias madre - hija de gestión frente a la violencia se sujetaban a la solidaridad en cuanto al hambre, al maltrato psicológico y físico que experimentaba María. Asimismo, en ese contexto, la solidaridad con tinte filial, no solo se teje por el simple hecho de querer ejecutarla, sino que se mueve por otro tipo de subjetividades, donde ni si quiera la postura hegemónica de una autoridad familiar externa (la suegra o el yerno) puede minimizar el hecho de ponerse en el lugar de otro ser humano.

En la línea de las colaboraciones clandestinas, de acuerdo con Yicel Giraldo y Alexander Ruiz (2019), la solidaridad, además de ser medida desde las acciones o prácticas de una persona o un

grupo social en base a su bondad, también tiene que ver con un elemento indispensable: “la intención” (2019 45). Esta aseveración se encuentra relacionada a los motivos que le mueven al sujeto o agente de acción a participar solidariamente en una situación particular, de tal manera que no solo hablamos de la construcción social de la conducta solidaria de las mujeres que deciden sostener a otras que también han experimentado violencia, sino también, este tipo de agencia, medida desde la solidaridad, se encuentra estrictamente relacionada por el por qué y para qué, cuestionamientos que generalmente se encuentran anclados a los afectos o sentimientos. Como menciona doña Charito:

Viéndole así a la vecina, viendo que yo también pasé lo mismo con mi esposo cuando antes me maltrataba, sí me daba mucha pena, porque es feo pasar así. Por eso es por lo que cuando el marido no estaba, yo primerito me acercaba a hablar con ella, a aconsejarle que no se deje maltratar. Otras veces en cambio, cuando de pronto nos tocaba ir juntas a la feria los domingos, yo le daba un poco de mis habas para que ella venda y se gane el dinero para que ella pueda hacer compras y comer un arrocito o una coladita, porque el marido no le dejaba más de 5 o 10 dólares para la semana, ¡semejante que es él!¹¹. (Entrevista a doña Charito mujer de la comunidad de Unalahua 20 febrero 2021).

Los afectos dentro de la solidaridad responden a los sentimientos construidos tras un aprendizaje previo. Desde una perspectiva psicológica, diríamos que una situación o estímulo particular puede responderse a través de la triada cognitivo conductual por medio de la identificación de los pensamientos, sentimientos y acciones. Esto quiere decir que, frente a un estímulo, que puede ser la violencia, las mujeres recuerdan sus propias experiencias mediante el pensamiento y, a partir de ello, las ramificaciones emocionales se entretajan a tal punto de crear una acción en base a sus sentimientos. Después de este proceso, se consigna finalmente la acción, a la cual estamos observando en este ejemplo en forma de solidaridad. Pero después de todo, ¿por qué la solidaridad en el contexto de la violencia es secreta o poco observada?

Con respecto a los diálogos sostenidos en campo, algunas mujeres de la comunidad deciden mantener este tipo de prácticas en la clandestinidad para “evitar problemas”. Dichos problemas están relacionados con las implicaciones que puede tener en la vida de las víctimas y también con las mujeres que deciden acompañar este tipo de procesos, sobre todo porque, al ser una acción encubierta, se las etiqueta como “alcahuetas” a la “vaguearía” o “irresponsabilidad” familiar de las víctimas. Es decir, la carente empatía que los maridos y las familias políticas despliegan sobre sus cuñadas, nueras o esposas tiene un gran peso no solo en la víctima sino también en quien decide colaborar en la construcción de una vida más digna o con menos violencia.

En virtud de ello, las “alcahuetas” como se les conoce a las mujeres que optan por ayudar a otras que son violentadas, tienen un rol importante, el de mediar. Si bien la construcción cultural patriarcal de la comunidad, instaurada tanto en hombres como en mujeres, somete a las mujeres al juzgamiento, el rol de las mediadoras o alcahuetas para las mujeres que están atravesando violencia es fundamental, principalmente porque pueden ser un canal de salida para alivianar medianamente la carga emocional, psicológica, social y cultural de la violencia. En un diálogo informal que tuve con doña Dolores, ella decía que la mujer que no ha sufrido violencia no sabe y juzga, pero la que sí la ha experimentado se vuelve mal vista por alcahueta y, como consecuencia, también son maltratadas y juzgadas.

Sobre lo expuesto, la búsqueda de una vida más digna solo se logra establecer una vez que las mujeres de la comunidad hayan atravesado una situación de violencia a lo largo de su vida, de no ser así, no existe muestra de solidaridad. Por el contrario, cuando una mujer de la comunidad no ha experimentado violencia, se mira a la otra (a la que sí la ha vivido) de lejos y con lamentaciones silenciosas, habladas únicamente en espacios íntimos con sus madres o hermanas. Es así como la otra cara de la solidaridad es la indiferencia comunitaria, siempre y cuando el grado de violencia sea mínimo, porque cuando ocurre lo contrario y el grado de violencia ha sobrepasado los límites de

la tolerancia en general, la solidaridad deja de ser secreta y se convierte en una solidaridad colectiva.

Este límite de tolerancia radica en la justificación comunitaria de la violencia relacionada al consumo de alcohol o violencia de la chumadera, ya que socialmente es normal que un marido llegue borracho, insulte a su mujer y hasta que la maltrate, pues la justificación es que el hombre “estaba borracho” o “no sabía lo que hacía”. Por otra parte, las condiciones en las que la violencia es poco tolerada a nivel comunitario, y por la que ciertos agentes externos (hombres y mujeres) terminan involucrándose en su resolución, está relacionada a la violencia física sin justificación que deja marcas en el rostro por un tiempo considerable, la presencia de relaciones extraconyugales que sobrepasen el historial de dos o tres adulterios y cuando, involuntariamente, se han involucrado a las familias políticas.

Es decir, que la solidaridad tiene una vara medible para ser secreta y para ser comunitaria, pero en ambos casos tienen un objetivo común: mediar o erradicar los episodios de violencia a los que las mujeres de la zona estén expuestas. Sin dejar de lado que todo este acompañamiento tiene que ver con el límite que ponen los esposos y las propias familias para que un agente externo pueda involucrarse en dicha problemática. De todas maneras, este nuevo proceso, intenta mediar, dentro de sus propios quehaceres organizativos, una mejoría para la familia, sosteniéndose en lo que cultural y tradicionalmente se ha establecido como normal dentro de la comunidad, en el contexto de la violencia de género.

Este tipo de acompañamiento muestra una agencia que no necesariamente viene desde la necesidad de acción de la víctima, sino de las mujeres que la rodean y cuya preocupación se establece a partir de una experiencia compartida de violencia. Pero, de cualquier manera, intervienen otros agentes externos como los miembros de la familia política, intentando ejercer control sobre las prácticas que puedan tejerse. Sin embargo, es preciso tomar en cuenta que, existen otras formas de agencia de las mujeres que ya han experimentado violencia, es decir, además de la solidaridad,

se han identificado otros elementos como la consejería matrimonial desde sus propias experiencias hacia las mujeres más jóvenes de su círculo familiar o social.

Tanto la violencia como las formas de respuesta buscan sus maneras de ser resueltas y de seguirse incrustando en la vida de los seres humanos. En los espacios rurales que, a mi juicio, son los más alejados de los privilegios, se ha dejado de trabajar la violencia, pero también se ha descuidado las maneras de agencia que pueden dar indicios de las estrategias más correctas para gestionar ambas situaciones. No dejo de lado la idea de que la violencia inicia en lo estatal y termina en lo familiar, pero el reto más significativo es dejar de lado el desinterés por la vida digna independientemente de nuestra ubicación geográfica, o de nuestra raza, clase o sexo.

Conclusiones

En medio de esta investigación puedo decir que fue muy fácil ubicarse en el territorio y describir las formas de violencia en la comunidad, los actores principales y secundarios. Sin embargo, lo que sí me ha resultado complejo es medir las agencias o respuestas que cada una de las mujeres que han experimentado violencia han optado como recurso cuando se han percibido vulneradas. Siendo honesta, preguntar ¿y qué hizo con respecto a esto? Fue relativamente simple, lo complejo en cambio, radicaba en la poca o nula valía que les daban a sus acciones, dejándome ver que sus respuestas eran mínimas o a su vez se encontraban entretrejidas con otras prácticas.

Este artículo, al encontrarse relacionado con las formas de responder a la violencia, necesita una perspectiva más profunda y elaborada que sobrepase las interminables propuestas que se han planteado y han sido ignoradas. De tal manera que, las conclusiones de este trabajo tienen relación con lo que, desde mi perspectiva, puede generar un pequeño cambio al menos en zonas rurales parecidas a Unalahua.

Al ser mi trabajo un acercamiento directo con la población rural femenina, y su realidad en referencia a la violencia de género en los espacios íntimos, debo mencionar que este segmento de la población ha sido atendido mínimamente a través de las aproximaciones que se han dado mediante los programas de salud o de educación, y en el mejor de los casos por organizaciones no gubernamentales que han trabajado la violencia como una problemática de poca relevancia.

Lastimosamente, siguen existiendo estrategias de abordaje de la violencia de género desde una óptica excluyente, donde las cotidianidades de las mujeres que viven en contextos urbanos son, aparentemente, el único referente para valorar la violencia de género en su totalidad como país. Con esto quiero decir que la valoración de la violencia se debe hacer, no únicamente desde expertos o expertas en violencia que conozcan la génesis teórica, sino también que conozcan las dinámicas que las diferencian.

Las condiciones de vida de las mujeres rurales están atravesadas por la desigualdad. Pensar en una violencia cotidiana debe generarnos la duda de cómo se manifiesta la violencia estructural y si esta es silenciosa o no. Esto tomando en cuenta que, a lo largo del estado de excepción y de la suspensión de la movilidad, varias mujeres de la ruralidad asumieron los gastos económicos del hogar y, además de ello, triplicaron sus actividades para sostener a la familia, sobrellevando también la violencia en sus hogares.

Las conclusiones a las que llego son el resultado de la comprensión de que es necesario que, a mediano y largo plazo, las políticas públicas y las leyes se asienten sobre los distintos contextos y realidades de nuestro país. Claramente, comprender la violencia es un gran paso, especialmente en espacios sociales en donde ha sido sistemáticamente invisibilizada, como es la ruralidad. Así pues, este análisis pretende aportar a la creación de un nuevo lente de interpretación. Pero, también llama la atención de que, si no se hace un trabajo exhaustivo, que goce de conocimiento de campo, cambios culturales, modificaciones comportamentales y generacionales e inserción de la igualdad de género en todos los espacios, nunca será suficiente. Mientras tanto, el trabajo

de humano a humano termina siendo, a mi juicio, el camino más viable para crear una transformación social positiva frente a la violencia de género en contra de la mujer.

* * *

Notas

- ¹ Esta investigación fue realizada gracias al apoyo de una beca de investigación para estudiantes de maestría de FLACSO-Ecuador.
- ² De las 12 dimensiones que conforman el índice de pobreza multidimensional, aquellas que representan las mayores privaciones en el área rural son: servicio de agua por red pública, empleo inadecuado, logro educativo incompleto, no contribución al sistema de pensiones, déficit habitacional y falta de servicios de gestión de residuos” (Primicias 2020).
- ³ Salcedo es uno de los siete cantones de la provincia de Cotopaxi con 58.216 habitantes. Este cantón está ubicado en la Sierra centro del Ecuador, su máxima producción se encuentra relacionada a la agricultura y ganadería. Salcedo cuenta con cuatro parroquias rurales; Antonio José Holguín, Mulalillo, Mulliquindil, Panzaleo, Cusubamba, y una parroquia urbana (matriz) San Miguel.
- ⁴ ““Sembrando vida, cultivando dolor, cosechando dignidad” Mujeres agrícolas del Barrio San Marcos, Latacunga”
- ⁵ “Comunidad, Estado y subjetivación. La participación de las mujeres indígenas en Ecuador”
- ⁶ “Una hoz, segadera, echona o ichona es una herramienta agrícola hecha de hierro en aleación con cobre y que tiene como principal uso el corte de tallos”
- ⁷ En la comunidad de Unalahua se denomina mesada, a la ofrenda que se entrega al sacerdote después de haber terminado el ritual eucarístico. Dicha mesada contiene frutas, verduras, hortalizas, animales pelados, vico, pan y dinero para agradecer su contribución espiritual a la comunidad o al grupo que se dirija.
- ⁸ El kikuyo es un pasto de color verde que crece en espacios donde existe gran afluencia de agua. En la comunidad de Unalahua, el kikuyo existe en casi todos los hogares y también en los espacios deportivos donde se juega vóley o fútbol. Por esta razón, como su crecimiento es rápido, se ocupa como un sillón natural para sentarse.
- ⁹ Los cucayos son refrigerios que las personas de los espacios rurales llevan en una mochila, chalina o en un envuelto de tela a las largas jornadas laborales en los espacios agrícolas. Dichos refrigerios justifican la comida de la media mañana o el almuerzo.
- ¹⁰ En la comunidad la palabra “cainar” en la comunidad de Unalahua significa moverse de un lugar a otro.

- ¹¹ En la Sierra Centro, de manera específica en la comunidad de Unalahua, el enunciado "semejante que es él" se refiere a cuando una persona, muestra conductas bárbaras o violentas frente a una situación determinada que, normalmente, debería gozar de empatía. Es igual a decir, con lo malo/a que es.

* * *

Obras citadas

- Benería, Lourdes. "Trabajo Productivo/ Reproductivo: Pobreza y Políticas de Consiliación". *Nómadas*: 1-14. 2005
- Campbell, Manell. «National Library of Medicine.» *Conceptualising the agency of highly marginalised women: Intimate partner violence in extreme settings*. 11 de noviembre de 2016.
- Giraldo, Yicel y Alexander Ruiz. *La solidaridad. Otra forma de ser joven en las comunas de Medellín*. Colombia: Colección Grupos de Trabajo - CLACSO. 2019
- Guerra, Enrique. «Las teorías sociológicas de Pierre Bourdieu y Norbert Elias: los conceptos de campo social y habitus.» *Las teorías sociológicas de Pierre Bourdieu y Norbert Elias: los conceptos de campo social y habitus*. El Colegio de Médico, A.C, Distrito Federal, México de mayo-agosto de 2010.
- Mahmood, Saba. «Teoría feminista y el agente social dócil: algunas reflexiones sobre el renacimiento islámico en Egipto.» Universidad de California Estados Unidos, 2019.
- Mideros, Andrés. «El preocupante panorama de la pobreza rural en Ecuador.» *El preocupante panorama de la pobreza rural en Ecuador*. Quito: Primicias, 21 de enero de 2020.
- Mosquera, Violeta. *Comunidad, estado y procesos de subjetivación: análisis de la participación de las mujeres de la Parroquia Cusubamba - Provincia de Cotopaxi, 1990-2010*. Quito: Flacso Ecuador. 2015
- Torres, Diego. «La mediación y la solución de conflictos en la Parroquia Mulalillo del Cantón Salcedo Provincia de Cotopaxi.» mayo de 2017.
- Pérez Victor, Hernández Yadira. «La violencia psicológica de género, una forma encubierta de agresión.» *Revista Cubana de Medicina General Integral*, 2009: 1-7.
- Primicias. Primicias Ec. 21 de enero de 2020. <https://www.primicias.ec/noticias/firmas/el-preocupante-panorama-de-la-pobreza-rural-en-ecuador/> (último acceso: 23 de julio de 2020).
- Veena, Das. *Sujetos de dolor, agentes de dignidad*. Universidad Nacional de Colombia, 2008.
- Vizcarra, Ivonne. "Entre las desigualdades de género: Un lugar para las mujeres pobres en la seguridad alimentaria y el combate al hambre." *Nueva época*: 141 - 170. 2002.